DOI 10.15581/007.32.044

John Henry Newman
La Iglesia de los Padres
Encuentro, Madrid 2022, 231 pp.

La vida de san John Henry Newman (1801–1890) fue larga pero sin demasiados sobresaltos externos. La excepción fue una gira de seis meses por el Mediterráneo, pequeño *Tour* poco excepcional en un oxoniense de aquellos tiempos. La cosa pudo terminar románticamente con la inauguración de un nuevo cementerio inglés, otro más que añadir a los que ya abundan en el Continente. El nuevo camposanto hubiera estado en Castro Giovanni, recóndita población de la remota isla de Sicilia, si Newman no se hubiera recuperado de un tifus que lo tuvo allí al borde del sepulcro durante tres semanas. La crisis tifoidea coincidió, en la primavera de 1833, con otra crisis asaz remota para el hombre de hoy: el gobierno británico quería suprimir unas cuantas sedes episcopales en Irlanda. Newman, con acierto, vio ahí mucho más que una medida administrativa; vio, nada menos, que había que salvar a la Iglesia anglicana de la triste jaula en que se consumía comiendo el alpiste estatal y devolverla al esplendor sobrenatural de su origen en Cristo y a la apostolicidad de los primeros doce. Así empezó el Movimiento de Oxford, una movilización de anglicanos piadosos promovida de forma un tanto anárquica desde Oxford por un oscuro *fellow* de Oriel College y unos cuantos clérigos del lugar. Newman, con sus sermones dominicales en St Mary's, se ganó *in situ* la adhesión de muchos estudiantes y, una vez publicados en volumen, la de un considerable sector del anglicanismo, que los devoró entusiasmado. Los *Tracts for the Times*, por su parte, crearon una opinión favorable a los «principios apostólicos» y, por último, caló bien también nuestra *Iglesia de los Padres*, un conjunto de viñetas o, en la mente de Newman, «historietas», sobre los héroes de la Iglesia primitiva, más concretamente los del siglo IV. El primer baluarte de Newman contra los protestantes era la Antigüedad: Lutero es del XVI; nosotros, anglicanos del tiempo de Cristo y sus Apóstoles. Los católicoromanos también lo eran, pero esto, por el momento, no le preocupa lo más mínimo. Lo que ahora pretende es «enamorar» al público con la vida, incluso las aventuras, de estos campeones cristianos para que los corazones se inflamen de «entusiasmo», concepto que Newman emplea con intención polémica para afear a su propia Iglesia que no ofrezca a sus fieles nada comparable al monaquismo, algo que no está en la Escritura, pero sí en aquellos primeros siglos de la Iglesia, cuando no había protestantes, solo ortodoxos y herejes. Semblanzas, pues, polémicas y también de tono divulgativo que Newman publicó en una revista afín en los años treinta del siglo XIX y que más tarde recopiló en forma de libro.

Un libro no disponible hasta ahora en España y muy bienvenido ahora porque nos ayudará a todos a perder un poco el respeto a nombres vetustos de santos que más parecen iconos, como Basilio o Gregorio. A san Antonio del desierto, san Agustín de Hipona o san Martín de Tours, más occidentales, les favorece una iconografía más dinámica y latina; aun así, la familiaridad con ellos del católico medio es escasa. No digamos Demetria, de la que casi nadie sabíamos nada. Pues bien, como a sus lectores del XIX, Newman puede ayudarnos a nosotros, los del XXI, a conocer y a ilusionarnos con aquellos grandes santos, cuya Iglesia no por primitiva estaba libre de rusticidades, conflictos, abusos, violencias, engaños y más de una situación pintores-

ca. Olvídense ustedes de Judá Ben-Hur, de Fabiola y de las catacumbas del cardenal Wiseman.

Como a los traductores se les hace poco caso, quiero destacar expresamente lo muy legible del texto castellano ofrecido desde Argentina por la culta y exquisita Inés Cassagne; texto, por cierto, sensatamente adaptado a los oídos peninsulares. El prólogo, breve y necesario, lo firma desde Buenos Aires Fernando Cavaller, «entusiasta» eterno en las empresas de divulgación newmaniana y conocedor antiguo de la vida y la obra del gran santo inglés.

Víctor García Ruiz
Universidad de Navarra